Epílogo

Arturo Carrillo

Image not found.

Capítulo 1

EPÍLOGO

Nunca me gustaron los finales felices. Incluso en los últimos instantes de mi vida, no me gustaría que esto termine bien. Supongo que no puedo evitar darme un aire de dramatismo siempre que se me presente una ocasión. Tampoco me gusta que mi vida sea toda alegría. Creo que necesitamos tener un balance de oscuridad en nuestros destellos de luz diarios. ¿Cuántas veces no nos hemos sentido felices, y de pronto, de la nada, surge algo que nos arruina esa felicidad que pensamos nunca terminaría? Muchos me llaman pesimista al pensar que espero lo mejor y me preparo para lo peor. Yo me considero alguien más...realista. Alguien con los ojos abiertos, y consciente de lo que pasa más allá de lo que nuestra mente puede percibir.

Alguien que ve la vida como lo que es: una maldita perra.

Bajo el semáforo de Main Street y First Avenue enciendo un cigarrillo. Tal vez el último que encienda en esta vida, y escucho cómo las gotas de la lluvia golpean con fuerza mi abrigo, recordándome a la vieja lámina de metal de la que estaba hecho el techo de mi casa del árbol, hace ya muchos años, hace ya muchos ayeres. Es increíble como algo intangible como un recuerdo puede causarte dolor, agonía, melancolía o angustia. “No hay mayor dolor que recordar la felicidad en tiempos de miseria”, leí una vez por ahí. Levanto la cabeza hacia el cielo gris, siento el agua caer sobre mi rostro, y dejo que el dolor de algo que ya no volverá, y que nunca más podré volver a vivir se apodere de mí.

Siempre añoraré aquella casa del árbol. Allí di mi primer beso, superé mi primera ruptura amorosa, y cuando estaba en séptimo grado, tuve mi primer contacto físico con una mujer. Esa casa era mi mejor amiga; cada que mis padres se peleaban, corría llorando a aquél lugar, subía las escaleras con rapidez, me metía, prendía la radio, colocaba un cassette de The Sex Pistols, y esperaba que los acordes agresivos y la rasposa voz de John Lydon borraran la tristeza de mi alma.

Era la catarsis que un adolescente necesitaba para su edad y que seguí utilizando durante muchos años: Soledad y música.

Los ruidos de las bocinas de los autos me regresan a tierra. Completamente empapado. Tiro el cigarrillo que se había consumido hasta la mitad, espero que el semáforo cambie a rojo nuevamente y comienzo a caminar.

Ya en camino, con las manos en los bolsillos del pantalón, observo lo que muchas personas y políticos no se atreven a ver: Una ciudad en

decadencia, una ciudad muriendo. Pero lo más importante, una ciudad sin salvación.

A mitad de calle, sobre Main Street, una niña sin hogar se acerca a mí, pidiendo una moneda para comprar comida. El rostro sucio, los dientes amarillos, las uñas rotas, el pelo desaliñado, los moretones en sus extremidades y las llagas en las rodillas, indican a mi percepción que esta niña si tiene hogar, más no uno con unos padres amorosos, sino, uno donde se dedica a practicarle felaciones a ricachones que no les importa nada más que su placer. Donde es esclava de extranjeros, probablemente de El Salvador o Puerto Rico, que se dedican a la prostitución infantil y pornografía de niños.

Frente a mí, la niña me mira a los ojos, con la poca inocencia que le queda extiende sus manos sucias hacia arriba y vuelve a preguntar:

-¿No tiene monedas para comida?-

La observo unos segundos. ¿Qué habrá salido mal en su vida para que termine aquí? ¿Cómo es que la vida inocente de una niña terminó en total perdición?, miro sobre su hombro y observo a una persona mirando en la pared de la esquina de un callejón. Cruzamos miradas y la persona frunce el ceño. Vuelvo a mirar a la pequeña, no puedo sentir pena y asco por todo lo que ha hecho la niña, me llevo la mano al bolsillo trasero del pantalón y le doy mi billetera completa, de todos modos, ya no estaré aquí, no tengo porque preocuparme de la vida insignificante de esa pequeña puta.

Al seguir caminando, me topo con el hombre que espiaba en la esquina del callejón. Quisiera detenerme, pero no puedo, la lluvia arrecia y quiero llegar a mi casa para poder estar en paz, simplemente, al pasar frente a él, le saco el dedo de en medio. -Hijo de puta- le susurro. El hombre sólo me observa, y, al llegar la niña, la toma con fuerza del cuello y se la lleva callejón adentro.

Aquella niña sabía recibir golpes.

Me giro y continúo mi camino, después de unos cuantos minutos, y ya cerca de llegar a mi destino, una voz hace que me detenga por una segunda vez.

-Hola guapo- Decía aquella voz, un tanto masculina para el cuerpo del que salía. – ¿No te gustaría divertirte un rato?, puedo ser lo que tú quieras.- Lo decía mientras mascaba el chicle como caballo comiendo pasto.

La observo de arriba abajo, con desprecio. El rostro sobre-maquillado, los pechos falsos, los tacones altos y las piernas y brazos sin depilar, daban a entender lo que aquella mujer era, no necesitaba tener un anuncio de

neón: el vestirse así, y estar en la calle en una noche como aquellas era su anuncio de neón.

-Vete a la mierda- Le contesto frustrado. Yo sólo quería cubrirme de la lluvia y terminar con todo. Me giro y me reincorporo a mi camino original, trato de ignorar a las demás mujeres de la vida sexual barata, ignoro aquellas cantinas y borrachos en el piso que decían cosas sin sentido. La ciudad una vez brillante y ejemplo a seguir, ahora muere de cáncer.

Llego a mi departamento. Tembloroso abro la puerta, voy hacia la alacena y tomo un vaso con mi botella de whiskey barato. Nunca me fijé en las marcas, mientras tenga alcohol y me ponga ebrio basta. Me siento en el sofá, tomo el control remoto y prendo la televisión. Las noticias.

"El asesino Jonathan Pierce ha caído en manos de la policía local. Fuentes informan que Barry Queen, detective en jefe del departamento, fue el responsable de abatir al delincuente en un tiroteo que tuvo una duración aproximada de quince minutos. Las mismas fuentes informan también que el mismo Barry salió herido del lugar, con un impacto de bala en el costado derecho. Más información al regresar"

Tomo un sorbo de mi whiskey, me llevo la mano al costado derecho y siento la sangre mezclada con el agua sucia de lluvia. Han pasado ya más de tres horas desde el impacto de la bala, he perdido mucha sangre y dejado un rastro desde el hospital hasta acá.

Con dolor, y batallando, logro levantarme del sofá, me dirijo hacia el estante, saco un vinilo: American IV the man comes around, lo coloco en el tocadiscos y presiono reproducir. Mi canción favorita, especial para este momento.

Hurt de Johnny Cash.

Vuelvo al sillón y me siento para terminar mi bebida y esperar.

Nunca me gustaron los finales felices, y siempre que veo la oportunidad de agregar algo de dramatismo a una situación, lo hago, además, es la catarsis que siempre use, música y soledad.